

Escrito con rabia contra el Latino

ESTOY abiertamente en contra de todos los directivos y accionistas que con su comportamiento delictivo llevaron a la quiebra una institución, cuyo objetivo era garantizar el dinero de todo aquel que tuvo la ingenuidad de creer que detrás de aquellas tasas, crecimiento desorbitado, vidas ostentosas de los directivos de ese grupo, sus dineros estarían seguros.

No se dieron cuenta de la promiscuidad que en Venezuela había entre las funciones políticas, económicas y profesionales. Convirtieron a este país en su gran negocio. Tenían derecho a todo. Nunca les habría de pasar nada, pues la impunidad era la ley. La separación de poderes era letra muerta.

No me resigno a pensar que millones de personas queden desamparadas, y los delincuentes impunes.

¿Y por qué tanta defensa para quienes han cometido hechos notorios indefendibles? Generaciones tendrán que pasar para que nuestra memoria histórica olvide tanta fechoría.

Tengo la fortuna de no tener ningún tipo de afinidad en la manera de enfocar el mundo, la vida de los hombres, la familia, el trabajo con quienes hacen del dinero el único objetivo de sus vidas.

De nuevo soy espectadora de este lenguaje hamponil que se despliega en páginas pagadas de los diarios, que han llegado al exceso de pretender implicar a quienes nada tienen que ver, ni hacer con actividades que envuelvan el simple roce del dinero.

Más respeto y consideración deberían tener por la rigidez y el decoro de las personas cuyo estilo de conducta y de vida está enmarcado dentro de las más rígidas normas de la ética y la estética.

Cobardes hasta los tuétanos, no son capaces de enfrentarse a sus dificultades, hacer frente a la verdad, ni asumir sus propias responsabilidades.

¡Que den la cara! ¡Que se entiendan entre ellos!

¿Y es que no les parece suficiente con la gran estafa que han cometido? Es como los bandidos que unos mantienen a los otros, tapándose entre ellos, cuando el objetivo es el botín. Una vez repartido su producto, pretenden ahora sacarse las entrañas e incluir lo imposible.

En el Banco Latino se repartieron el botín, como lo hacían los antiguos corsarios. Ahora, unos huyen, otros se esconden, otros cazan peleas con sus antiguos socios. A lo que nunca podrán escapar es al juicio de la historia. Ella será implacable.

Era parte de la gran pirámide que sostenía al imperio de la corrupción.

Hay que reconocer que la tendencia natural de los pueblos es la de confiar en quien lo engaña. Es esa la razón por la cual se dejan arrastrar por un simple halago o una pequeña golosina. Los teatros, los juegos, las farsas, los gladiadores, las grandes fiestas, los animales exóticos, eran para los pueblos antiguos los cebos, y el precio de su libertad. Con esa práctica los tiranos embrutecían a los súbditos y fortalecían el yugo.

El neoliberalismo, las fiestas fastuosas que se continúan haciendo en estos días, los altísimos intereses, grandes aviones, helicópteros, casa en las Antillas, en Nueva York, eran los símbolos externos con los cuales, quienes ejercitamos la razón, veíamos cómo los excesos con que esa gente demostraba su poder político y económico. Todo ello mostrado y demostrado sin la más mínima consideración por el prójimo.

Nada me une a ninguno de ellos. Provengo de una familia de conservadores y liberales que siempre han estado vinculados a las más justas causas en las diversas y difíciles etapas de nuestra vida republicana.

Los pueblos han sido siempre así. Dispuestos para el placer que se les brinda en forma deshonesto e insensible al daño y al dolor que padecen honestamente. Probablemente por eso soportamos tantos años el yugo de esta larga cadena de corrupción que deformó tantos ámbitos de nuestra vida.

Ignorante quien no aprenda de la historia del mundo. Ella nos señala que los tiranos del pasado se valían de cualquier astucia, encontrando al pueblo siempre tan dispuesto que al sólo tender la red, allí caían. Jamás sometieron mejor a los pueblos que cuando más engatusaron.

Y los hechos se repiten inexorablemente. Escribimos nuestra historia contemporánea. Se ha derrumbado un imperio de corrupción y escuchamos los infames gritos de la agonía.

Algunos no se resignan y pretenden asirse a cualquier elemento con la esperanza de recobrar su antigua posición. Estos rufianes han herido mortalmente a la nación venezolana.

Es por todo esto, que mi deseo es que el castigo implacable destinado a los más perversos ladrones sea aplicado a todos los implicados en la gran estafa que cometieron en el Banco Latino, que no fue otra cosa, que asaltado por sus propios dueños.

Le corresponde hablar a la justicia, ya que será ella quien escriba, en definitiva, las páginas que serán el legado para nuestros hijos.